

QUIEN ES EL AUTOR DE "MIRANDO AL OCEANO"

Un estudio de investigación literaria y bibliográfica

Por JOSÉ ZAMUDIO Z.

Un escritor de 1900

En 1911 apareció la novela *Mirando al Océano*, firmada por Guillermo Labarca Hubertson, que había obtenido el segundo premio de este tema en el concurso literario celebrado el año anterior, con motivo del centenario de la Independencia. Desde esa misma época comenzó a conquistar un lugar destacado en las letras nacionales, teniéndosele como una pequeña obra maestra.

Un fino espíritu, Emilio Vaisse (*Omer Emeth*), la calificaba, entonces, como la "joya del año", y agregaba otras consideraciones que podrán leerse más adelante*.

Su autor se había dado a conocer algunos años atrás de esta fecha con unos relatos inspirados en el ambiente campesino, como el mismo título, *Al amor de la tierra*, lo indica, libro que junto con *Sub-terra*, de Baldomero Lillo, aparecido en 1904, y algunas otras obras de esos años debidas a las plumas de Rafael Maluenda, Federico Gana, Augusto d'Halmar, Fernando Santiván y otros, inauguran un nuevo sentido dentro de la literatura chilena y dan nombre a toda una interesante generación que germina y prospera en la primera década del siglo.

Contrariamente al silencio relativo guardado por Labarca después de la publicación de *Mirando al Océano*, en lo que se refiere a actividades literarias, antes de la fecha de aparición de ésta, su autor hizo una intensa vida de escritor, contribuyendo desde muy joven con colaboraciones de su pluma, en numerosas revistas y periódicos de la época.

Hemos encontrado que publica, desde 1898, sus primeros ensayos juveniles en *Los Lunes* del diario *La Tarde*, dirigido por los hermanos Irarrázaval. Por esta época es amigo del bohemio escritor Oscar Sepúlveda, que hizo popular el seudónimo *Volney*. Más tarde Labarca entra a colaborar en el diario radical *La Ley*.**

* *El Mercurio*, 1º de enero de 1912.

** La primera colaboración de Labarca en *Los Lunes*, cuando tenía quince años de edad, fué

En 1900, el mismo escritor, antes de publicar los dos libros mencionados, había tentado suerte de editor y, junto con Alberto Melossi y otro, fundó la revista *Instantáneas*, publicación que dió acogedora hospitalidad a la producción de los jóvenes literatos.*

En *Instantáneas de Luz y Sombra* (30 de junio de 1901), encontramos una silueta del escritor que nos preocupa, debida a la pluma de Augusto Thomson, o sea d'Halmar, y que es interesante transcribir en parte: "Labarca Hubertson es de los más jóvenes gladiadores como también de los mejores dotados. De un ánimo inflaqueable, de una testaruda tenacidad, burila admirables novelitas que recién aparecen al público después de haber sufrido en carpeta reiteradas limaduras".

Colabora por esa época, también, en *Pluma y Lápiz*, la famosa revista literaria de Marcial Cabrera Guerra, junto a Miguel Luis Rocuant, Víctor Domingo Silva, Leonardo Pena y muchos más. Igualmente en *Zig-Zag*, desde su fundación en 1905, y más tarde en *Selecta* se registran numerosas producciones y cuentos del escritor.

Las redacciones de estos periódicos y varios otros que aparecen y desaparecen no sin inquietar el ambiente literario, que va desde los corrillos y tertulias hasta la tribuna del nuevo Ateneo, logran reunir en estrecha camaradería a los escritores. Sobre éstos se destaca la figura de Augusto Geomine

sobre Charles Baudelaire, y estaba dedicada a Sepúlveda. Sobre este período del escritor que estudiamos hay datos en una entrevista concedida a la revista *Hoy*, diciembre de 1931 y en un artículo suyo sobre recuerdos literarios, aparecido en *Lecturas*, N° 4, 24 de noviembre de 1932.

* De *Instantáneas* se publicaron sólo 23 números y después se fundió a la revista *Luz y Sombra*, para adoptar el nombre de *Instantáneas de Luz y Sombra*. La participación de Labarca en la fundación de *Instantáneas* se desprende de una entrevista concedida al escritor Antonio de Undurraga y que éste relata en su obra sobre Pezoa Véliz, p. 87, de la cual hablaremos más adelante. Creemos, sin embargo, que Labarca debe referirse a la segunda publicación, ya que la primera *Instantáneas* fué fundada por Joaquín Díaz Garcés.

Thomson, que más tarde adoptaría el célebre seudónimo *Augusto d'Halmar*, quien empieza a ejercer un evidente maestrazgo literario y personal sobre sus compañeros de oficio. Desde la tribuna ya recordada del Ateneo, Thomson pontifica y despliega sus artes histriónicas para dejar caer en el auditorio ávido la sugestión de sus palabras maravillosas. Tan fuerte fué la influencia del que sería más tarde el autor de *La lámpara en el molino*, que hace desviar de su camino, por un momento, a Rafael Maluenda, quien escribe *Animae Facies*, producción muy disímil de lo que este escritor entregaría más adelante, y que aparece en el volumen *Veladas del Ateneo*, según expresa Armando Donoso.*

La actividad literaria de Labarca en aquellos años es variada; se diversifica en distintos géneros, y así tan pronto publica un cuento o escribe un comentario sobre literatura extranjera, como una nota sobre arte, sin abandonar, además, sus estudios que lo llevarían a la carrera del magisterio. Sus lecturas eran amplias, pero por las huellas que dejaron en su literatura, las influencias más decididas parecen ser las de Maupassant, Zola, Bret Harte y los rusos, escritores que influyeron grandemente, por lo demás, en casi todos los prosistas de aquella generación.

Años más tarde, recordando aquella época, Labarca se expansiona con el biógrafo de Pezoa Véliz, Antonio de Undurraga, y comenta: "Para nosotros, entonces, los hombres estaban divididos en dos categorías: los que eran escritores y los que no lo eran" **.

Carlos Pezoa Véliz y Guillermo Labarca

Hubertson

Es fácil constatar que Pezoa Véliz y Labarca, antes de conocerse personalmente,

confluyeron en las mismas publicaciones que aceptaron sus colaboraciones juveniles; lo demás, el contacto personal, el conocimiento mutuo, la camaradería, vino lógicamente en forma insensible después, al calor de las reuniones de amigos del oficio.

Ambos tenían más o menos la misma edad *. La vida del cantor de *Alma Chilena* había sido marcada, sin embargo, desde la infancia con distinto sino. El origen de su nacimiento es algo que todavía no se aclara totalmente; sus años de mocedad transcurren entre la pobreza con sobresaltos de enfermedad; hace estudios dispersos y sumarios. Agréguese a esto el extraño temperamento del poeta, exacerbado, enfermizo, huraño, que impregna gran parte de su producción poética **.

El despertar literario en ambos compañeros de generación se manifiesta simultáneo, igualmente, por la misma época. En los años en que Labarca inicia, como hemos visto, su carrera literaria, Pezoa Véliz se estrena en publicaciones como *El búcaro santiaguino*, *El Clarín*, *La Nueva República*, *El Fígaro* y otras de esos tiempos, con poemas que sorprendían a sus compañeros de letras, por el fuego y la entonación en que confluían sus ardores mozos para cantar la pasión amorosa, en algunos, y en otros se admiraba su inspiración que volcaría después en los temas colectivos para interpretar el alma nacional. Muchos de sus versos pririgenios cantan también a musas más etéreas, en un lenguaje empapado en vagos arrestos sociales, como ser a la libertad y a la justicia.

En esa misma época Pezoa Véliz pulsa, además, la lira popular, y en improvisadas rimas sostiene contrapuntos con versificados del pueblo y edita volanderas hojas que difunden sus versos de esa guisa ***.

* Pezoa Véliz nació en 1879 y Labarca en 1883.

** El que desee conocer y profundizar la biografía del poeta debe recurrir a la excelente obra de Antonio de Undurraga, citada arriba, quien con documentos y testimonios de primera mano, rehizo y puso orden en muchos aspectos de la vida del poeta. Este mismo libro nos servirá, en adelante, para recoger la amistad entre Pezoa y Labarca.

*** Esta labor del poeta es casi totalmente anónima o se esconde bajo un seudónimo, como el de Juan Mauro Bío-Bío. El investigador señor Raúl Silva Castro ha rastreado acuciosamente esta pro-

* Cf. Estudio sobre Pezoa Véliz que precede a la recopilación de sus poesías, hecha por el crítico en 1927, Editorial Nascimento, p. 26.

Veladas del Ateneo es un volumen de 207 páginas, que apareció en 1906, y que contiene cuentos de Baldomero Lillo, Augusto d'Halmar, Guillermo Labarca, Federico Gana, Emilio Lillo y Rafael Maluenda. La publicación fué hecha, también, por Labarca, que por aquel tiempo era secretario de aquella institución. Cf. Samuel A. Lillo, *Espejo del pasado*. Santiago, 1947, p. 254.

** Cf. Antonio de Undurraga, *Pezoa Véliz, Ensayo biográfico, crítico y antológico*. Santiago, Nascimento, 1951, p. 88.

La trashumante bohemia que arrastraba el poeta por los rincones santiaguinos de 1900 llegaba hasta los cenáculos literarios y a las redacciones de los periódicos y revistas. Ernesto Montenegro, su amigo de aquellos años, lo retrata como un "mozo flaco y huano, de maneras imperiosas y de ingenio procaz. La rudeza dominaba igualmente en su voz y en su fisonomía; el cabello áspero y revuelto, la cara tallada a recios planos, los ojos de un azul duro, de metal, y la boca a menudo contraída en un gesto desdenoso o burlón" *.

¿Cuándo se conocieron Labarca y el poeta? En la obra de Undurraga, pródiga en datos, hay una referencia que nos parece la más segura sobre esta cuestión. Habría sido en la época cuando Labarca y Melossi fundaron la ya mencionada revista *Instantáneas* o más bien dicho, *Instantáneas de Luz y Sombra*, cuya tertulia se celebraba en una habitación de los sótanos del Hotel Melossi, cerca de la Estación Central de ferrocarriles. "Allí —escribe Undurraga, basado en los recuerdos del propio Labarca— en los primeros años del presente siglo, a la luz de las mágicas y plegadas palomas del gas incandescente, se discutía con ardor inusitado sobre la teoría y la actualidad literaria; en especial, sobre todo lo que decía relación con las escuelas europeas que, en aquel entonces, constituían la literatura de vanguardia".

"Y fué así como, según el testimonio de Labarca Hubertson —continúa el biógrafo de Pezoa Véliz— una noche, a modo de aparecido, portando un grueso poncho fantasmal, llegó Carlos Pezoa Véliz, sin previo anuncio ni presentación, siendo para ellos una desconcertante sorpresa. Eran días en que se discutía con énfasis encarnizado sobre el naturalismo y las reuniones que presidía Emilio Zola, el señalado pontífice intelectual de Medan" **.

Así quedó trabada la amistad entre los dos escritores, que se mantendría fuertemente unida en los años sucesivos. Otra muestra de

ducción impresa de Pezoa Véliz para una obra que prepara sobre el poeta, donde recogerá no sólo esta porción sino que también todo lo que salió de la pluma de Pezoa Véliz.

* Prólogo sin firma, que publicó en la edición de las poesías de Pezoa Véliz, en 1912, con el nombre de *Alma Chilena*, incluido más tarde, junto con otros ensayos, en el pequeño volumen *De descubierta*. Santiago, Cruz del Sur, 1951, p. 27.

** Undurraga, ob. cit., p. 87.

la confraternidad que existió por esa época entre ellos, se da también en la obra citada. Es, desgraciadamente, sólo un fragmento de carta dirigida por Labarca a Pezoa Véliz, con fecha de enero de 1901, en que le expresa: "En general, no me gustan los versos: sólo los leo cuando son muy buenos. Los suyos los tengo incluidos en este número y quiero manifestarle mi agradecimiento por el deleite que me proporciona la lectura de cada nueva composición suya..." "Por lo que a mí toca, estoy ya harto de versos sentimentales de una gran terneza, mentida" *.

Por los años de 1902 a 1904 el poeta reside primero en Valparaíso, para establecerse, al fin, en Viña del Mar. Este período es también de gran florecimiento literario, ya que aquí en este lugar produce algunas de sus mejores composiciones. Trata, además, de ahogar su tristeza congénita y las durezas de la vida, rodeándose de amigos en una célebre tertulia o té literario, al cual concurren Augusto Thomson, Víctor Domingo Silva, el colombiano Isaías Gamboa, Montenegro, Guillermo Labarca, Magallanes Moure y otros escritores.

Parece que por esta misma época de Viña del Mar, la amistad de los dos escritores se hizo más estrecha. Labarca no sólo concurre a los tés del poeta, sino que también le sirve de acompañante en largas caminatas por los rincones más pintorescos de Viña y de Valparaíso, junto con Augusto d'Halmar, mientras recitaban "a voz en cuello —según las palabras de este último— cosas bellas, admirando cuanto nos rodeaba y cuanto ese espectáculo del puerto le ofrece a los que lo dominan desde sus alturas" **.

El propio d'Halmar, rememorando esos años, le manifestó al biógrafo de Pezoa Véliz, como para acentuar la estrecha amistad que existía entre Labarca Hubertson y Pezoa Véliz, que el hermoso poema *Fecundidad* fué dicho a trozos por éste durante una de esas excursiones, y que causó una intensa impresión en Labarca, lo que movió a Pezoa a dedicárselo ***.

Fueron transcurriendo así algunos años entre alternativas de buena suerte y sinsabores para el poeta, que hacía frente a sus achaques físicos, hasta tener una culminación

* Undurraga, ob. cit., p. 82.

** Undurraga, ob. cit., p. 111.

*** Antología de Armando Donoso, p. 144.

catastrófica al quedar baldado en el terremoto de agosto de 1906. Este es el punto de partida de la desintegración física del autor de *El pintor Pezoa*, ya que después de esta fecha fué sólo carne sufriendo de hospital.

"A medida que crecen sus dolencias, —dice Undurraga— el silencio del poeta para con sus amigos se va haciendo más perceptible, y éstos, claro está, cada día recuerdan con más intensidad su antiguo entusiasmo, su empuje creador; y se dan cabal cuenta de la falta que hace su personalidad en las veladas literarias de la época, en especial cuando en ellas toma parte la gente joven. Es así como Guillermo Labarca Hubertson, a 28 de mayo de 1907, y desde Santiago, le escribe la afectuosa y siguiente carta (que va dirigida a Viña del Mar): "Distinguido amigo: Varias veces había tenido intenciones de escribirle para tener noticias de su flaca humanidad "esfumada en las sombras y el misterio". No lo había hecho porque se me perdió su dirección; acabo de encontrarla y allá van estos renglones con el ánimo de obtener una respuesta con detallada descripción de la salud del cuerpo y del alma.

"¿Qué hace usted? ¿En qué trabaja? ¿Qué produce?

"Y no se crea que sean absolutamente desinteresadas mis preguntas; tras de ellas adivine usted un interés ateneísta, pues en verdad que nosotros le veríamos con mucho agrado trepando las gradas de nuestra tribuna. ¿Nos será dado esperarlo? ¿Le será posible venir alguna vez con tal objeto? Las sesiones se verifican los domingos en la noche y bastaría que usted nos avisase con alguna anticipación para preparar la velada.

"Y a propósito, ¿qué suerte han corrido las 50 Veladas que se le enviaron a usted? Crea en la estimación y afecto que le profesa su amigo *Guillermo Labarca Hubertson*" *.

En realidad, pocos meses después de esta carta, Pezoa Véliz acudió a la cita de Labarca, pero en las más tristes condiciones físicas que es dable suponer, sólo para internarse en el Hospital de San Vicente de Paul de Santiago, donde falleció el 21 de abril de 1908, después de una cruel enfermedad.

Estos últimos momentos del poeta han sido contados innumerables veces por varios testigos, compañeros, escritores y otras personas

que estuvieron cerca de él en esas circunstancias.

Para nuestro estudio sólo nos interesa consignar que su amigo Labarca, al igual que otros escritores que rodearon su lecho, pudo estar cerca del poeta en visitas que efectuó al hospital; y así de esta manera, Pezoa Véliz, antes de fallecer, le hizo el señalado honor de poner en sus manos los manuscritos de sus poesías y algunos cuadernos de recortes y apuntes *.

Lo cual demuestra, sin lugar a dudas, el grado de confianza y de leal amistad que existía entre los dos. Hay también referencias de que Pezoa Véliz sintió el ascendiente de Labarca Hubertson, por ser éste de mayor cultura, y sus consejos fueron escuchados, seguramente más de una vez, por el poeta.

Nace un rumor de plagio

Después de la dolorosa muerte del poeta, algunos amigos pensaron en editar su obra, que había quedado estampada sólo en las revistas y periódicos de la época. El propio Pezoa Véliz deseaba publicar un libro bajo el título de *Campanas de oro*, aspiración que quedó tronchada por su triste fin. Le correspondió a un entrañable amigo, el escritor Ernesto Montenegro, recopilar algunos poemas y prosa del malogrado compañero, y publicarlos en 1912, con el nombre de *Alma Chilena* **.

Años después, otro amigo, el escritor Ignacio Pérez Kallens, más conocido por su seudónimo *Leonardo Pena*, editó en París una selección de versos con el nombre caro al poeta: *Campanas de oro*.

En 1927, Armando Donoso superó ambas ediciones con una nueva, que contenía mayor número de composiciones, aparte de incluirse varias prosas y artículos del poeta, precedido todo este material de un extenso prólogo que, hasta esta fecha, era lo más completo que se conocía sobre Pezoa Véliz ***.

* En la obra de Undurraga, p. 165, se dice erróneamente que Ernesto Montenegro se llevó los manuscritos de Pezoa Véliz, basándose en una afirmación del médico que atendió a éste durante su enfermedad. Más adelante daremos otros detalles de la entrega de los manuscritos y papeles a Labarca.

** Esta edición lleva prólogo sin firma de Ernesto Montenegro, como dijimos, y un epílogo de Augusto d'Halmar.

*** La edición de Armando Donoso se titula

* Undurraga, ob. cit., pp. 158-159.

La antología de Pezoa Véliz, de Armando Donoso, fué, como el mismo recopilador lo dice, fruto de la revisión prolija de todos los periódicos de la época y de la utilización de los papeles inéditos del poeta que, según hemos visto, habían quedado, a la muerte de éste, en poder de Guillermo Labarca.

Debemos detenernos ahora en un asunto que viene a poner una nube ingrata en esta amistad, no por causa de los protagonistas, cuyas vidas paralelas en el campo literario hemos intentado bosquejar hasta aquí, sino más bien por motivos extraños a ellos. En pocas palabras, el asunto que vamos a abordar en las páginas siguientes y que constituye, en realidad, el núcleo de este trabajo de investigación literaria, es la suposición de plagio en que habría incurrido el autor de *Mirando al Océano*, quien se habría apropiado, para publicar esta novela, de unas páginas que dejó inéditas entre sus originales Carlos Pezoa Véliz.

No son muchos los casos en la literatura chilena en que ha sido acusado de plagio un escritor. Creemos, sí, que la historia de este pretendido plagio, materia de nuestro trabajo, ha sido la de más larga duración y la que ha provocado mayor interés, hasta derivar muchas veces en ingratas polémicas, por estar en juego la fama literaria de dos escritores nacionales de prestigio.

Trataremos de hacer un examen de este "proceso" literario y de aportar las pruebas documentales y otros elementos de juicio, que nos permitan esclarecer en forma definitiva si en realidad hay plagio o apropiación indebida de una obra literaria ajena por parte de un escritor.

Debemos suponer que se lanzó la acusación de plagio o empezó a rodar el *venticello* del escándalo, inmediatamente después de la aparición en la escena de la literatura de la novela que llevaba como autor el nombre de Guillermo Labarca Hubertson. Había algunas circunstancias que los interesados en acusar de plagio a Labarca buscaron para urdir su acusación, y para decirlo francamente desde luego, en forma precipitada, sin hacer un estudio serio y meditado de ella. Dichos puntos fueron:

1º Pezoa Véliz había dejado entre sus escritos inéditos que pasaron a poder de La-

barca, unas especies de memorias o recuerdos basados en su estada en los cuarteles, mientras hacía el servicio militar, que cumplió en 1898*.

2º *Mirando al Océano*, que lleva por subtítulo el de "Diario de un concripto" (en las ediciones posteriores se le ha suprimido) tenía, como lo indica éste, el mismo tema de las escenas que se desarrollan en la producción de Pezoa Véliz, que estaba sin publicarse.

3º Los antecedentes literarios de Guillermo Labarca, es decir los relatos que componen su primer libro, *Al amor de la tierra*, no tenían ningún nexo con su siguiente obra, ya que *Mirando al Océano* se estimaba como una producción superior a la otra.

4º Después de publicar *Mirando al Océano*, su autor no produjo nada más o siquiera algo que estuviese dentro de la misma línea o calidad de la novela en discusión.

La "Vida militar" de Pezoa Véliz y la novela de Labarca

En los años que corren entre 1911, fecha de aparición de *Mirando al Océano*, y 1927, cuando se publica la recopilación de versos y prosas de Pezoa Véliz, hecha por Armando Donoso, quizás se puede disculpar en parte la suposición, motivada por la ignorancia, ya que no queremos hacer calificaciones antojadizas, de que el original del poeta en que se narraban escenas de la vida militar era lo mismo que la novela firmada por Labarca Hubertson, suponiéndose que este escritor sólo habría introducido algunas pequeñas variantes en el texto y, desde luego, el cambio de título.

Nos expresamos en esta forma por cuanto en el año 1927 vino a conocerse la suerte de los papeles inéditos de Pezoa Véliz, al incluirlos el recopilador en su antología. De este modo, en dicha obra se pudo leer, en fragmentos, la *Vida militar*, nombre con que Pezoa Véliz había titulado estas páginas.

Armando Donoso, inteligente crítico e investigador, que tuvo ante su vista el cuaderno completo de Pezoa Véliz que contenía

*Efectivamente, Pezoa Véliz ingresó en 1898 al cuartel del 3º de línea para hacer la guardia nacional, como se llamaba antes al servicio militar obligatorio. Las páginas de esta estada en el cuartel fueron redactadas, sin embargo, en 1903. Cf. Undurraga, ob. cit., pp. 22-26.

los apuntes citados, se percató de inmediato de la poca importancia literaria de ellos, y por dicho motivo no los incluyó in extenso en su antología, ya que su lectura total nada agregaba al valor literario del poeta; pero tuvo el cuidado de examinarlos detenidamente y de resumir su contenido en el prólogo de su edición, junto con estampar un juicio lapidario sobre la poca importancia de este inédito y, aún más, la ninguna correspondencia entre *Vida militar* y la novela de Guillermo Labarca.

Aquí es necesario conocer las palabras textuales de Donoso, que nos servirán como "auto cabeza" de este proceso literario:

"Asociamos la lectura de este cuaderno, apretado de revesada escritura, que consigna la crónica de una marcha y que su autor tituló pomposamente "Vida Militar", a cierto *venticello* que comenzó a difundir una torpe calumnia literaria: un conocido novelista chileno habría conocido y usurpado estos apuntes para una obra que cuenta entre lo mejor de nuestra literatura. Nada tan injusto y arbitrario: los borradores de Pezoa Véliz carecen del más mediano valor y apenas si se nos ocurren los ensayos de un principiante ayuno de letras.

"Como lo indica el subtítulo, se trata de una simple relación de una marcha y, aunque fué escrita en 1903, es decir, cinco años después de cumplir con sus obligaciones en el servicio militar, la crónica aparece pergeñada sobre lo inmediatamente vivido, en aquellos años de singular actividad bélica, cuando la amenaza de una guerra alcanzó a golpear en todas las puertas *.

"¿Quiso ser una novela o un modesto diario? Carece de todo interés y su animación apenas si mueve la perezosa atención del lector, que se desespera con la letra infantil del manuscrito, a través de las cuarenta páginas, en las que no ocurre nada".

Armando Donoso cita más adelante diversos fragmentos hilados en la misma secuencia del manuscrito, para dar una idea del contenido de esta "simple marcha hasta cierta estancia, situada en los alrededores de San Bernardo", según las propias palabras del crítico. En otra parte añade lo siguiente: "Las condiciones del novelista, como anima-

dor del ambiente que le rodea, son pobres en toda clase de recursos. Escribe con frialdad y desaliño..." Y corona estos términos con los no menos severos: "Tal es el relato de esta crónica militar, sin importancia, perfectamente insignificante, desprovista de todo valor artístico. Nada se ha perdido ni nada se ha de perder con que se conserve inédita, para mayor tranquilidad de cuantos admiran a Pezoa Véliz sin reservas de ninguna especie" *.

A estas alturas debemos fijar de nuevo nuestra atención en *Mirando al Océano*, de cuya lectura hasta el más lego en comparaciones literarias puede deducir, sin temor a equivocarse, que se trata de una composición diametralmente opuesta en cuanto a su argumento específico y estilo, a la producida por Pezoa Véliz.

Decimos en cuanto a su argumento específico, ya que si bien ambas producciones se basan en la vida militar en tiempo de paz, por la exposición de sus temas son antitéticas, pues en la novela de Labarca hay un argumento bien construido y, en cambio, en la de Pezoa Véliz no existe ninguno.

El punto de contacto está, únicamente, en que en ambas se captan escenas de la vida de un conscripto, tema, por lo demás explotado en las diversas literaturas, no sólo en la chilena **.

Aunque este es un estudio que se relaciona más bien con la investigación y no con la crítica o análisis literarios, ya que aquí no cabe hacer sutiles disquisiciones "comparatistas", por cuanto, como es obvio según dijimos, de la lectura de ambos textos se des-

* Donoso, ob. cit., pp. 47-50. Un fragmento seleccionado de *Vida Militar* se publica, además, en las páginas 307-308.

Undurraga, ob. cit., p. 23, por el contrario, parece darle cierta importancia a esta producción de Pezoa, en el sentido de que en ella el poeta "trata de adentrarse y penetrar la psicología militar", y añade: "Sus observaciones son agudas y de un pujante contenido socialista".

** El tema castrense es prolífico, por lo demás, en la literatura chilena; fuera de los clásicos cuantos de esta especie de Daniel Riquelme y de Olegario Lazo Baeza, más moderno, citaremos algunas obras con el tema del conscripto. Por ejemplo, *Cuentos militares dedicados al Ejército y a la Guardia Nacional*, por varios autores, 1898; *Impresiones de la vida militar*, por Miguel Luis Rocuant, 1898; *Cuentos chilenos. Narraciones y reminiscencias de cuartel*, por Ricardo Piwonka J., 1908; *Desde el vivac*, por Sady Zañartu, 1915, etc.

* Se refiere A. Donoso al peligro de guerra con Argentina, producido alrededor de esos años, con motivo del conflicto de límites.

prende con luz meridiana que son enteramente distintos y que ninguno puede ser transposición del otro, indicaremos sin embargo, en forma somera, algunos extremos críticos que hagan ver, aun más, sus semejanzas y para agotar cualquiera posibilidad de impugnación.

Disparidad de argumentos. Por la ausencia de una intriga complicada, *Mirando al Océano* es una novela que se sostiene sólo por una especie de "nuance" sutil de la atmósfera poética que se desprende de ella, sin falso artificio, a pesar de algunas rudezas que el novelista tiene que describir. Por algo Guillermo Labarca, en la primera edición, inscribió unos párrafos del prólogo de *Pierre et Jean*, de Maupassant, que dan una lección de sencillez y de imparcialidad literarias.

El crítico Hernán Díaz Arrieta (*Alone*), fino catador de valores literarios, ha dicho: "Puede afirmarse que en *Mirando al Océano* no sucede nada". Y agrega: "Un muchacho de veinte años llega a un fuerte de la costa para hacer su servicio militar. Lo hace y se marcha. Eso es todo. Hay un amorío que él trata de olvidar. Pero es apenas una, pequeña sombra. Hay otro amor que empieza entre un teniente y la mujer de un capitán pero solamente se vislumbra, se entrevé, se adivina. Es apenas como una diminuta luz" *.

Otro crítico, Emilio Vaisse, en el artículo citado al principio de este trabajo, escribía: "Es original de punta a cabo y su mayor originalidad consiste no en lo que dice, sino en lo que sugiere. El lector se halla, sin sospecharlo, al principio, envuelto en un drama de amor cuyo carácter trágico estalla, si así puede decirse, poco a poco, sin que el novelista tenga que describirlo. Es una maravilla de sencillez y hasta de silencio elocuente".

Eliodoro Astorquiza, para nombrar a otro connotado crítico, decía, asimismo, de esta novela: "La calidad del estilo y de los diálogos de *Mirando al Océano* nunca será suficientemente recomendada. Aquello es casi nuevo en Chile. Aquello es como el agua: puro, cristalino, corriente. Aquello es de una sabia sencillez" **.

Frente a este conscripto soñador, cuyo nombre en la novela es José Fernández, y el mundo del cuartel, la tropa innominada y

algunos jefes, entre ellos un teniente no menos soñador y un tosco capitán, se alza un personaje de importancia que sostiene un contrapunto a lo largo de todo el relato: el mar, que se domina desde el fuerte y que comunica una ancha perspectiva dimensional a la obra.

Vida militar, de Pezoa Véliz, por el contrario, es la descripción de una rutinaria marcha de la tropa desde un cuartel hasta un campo lejano y de su regreso por el mismo camino. El recluta o, lo que es lo mismo, Pezoa Véliz, narra sus impresiones casi prosaicas de los soldados que marchan junto a él, o reflexiona, sin mucha altura, sobre el paisaje circundante. Como se ve, en estos apuntes, porque no de otra manera se puede calificar esta producción, no hay siquiera nada que los asemejen a un relato organizado, ni menos a una novela.

Confrontación estilística. Si los argumentos de ambas composiciones literarias no pueden resistir ni el menor parentesco o coincidencia, asimismo los "rasgos estilísticos" —usando la expresión de W. Kayser— son en absoluto diferentes. Hemos visto ya los juicios que les mereció a tres críticos exigentes la *nouvelle* de Labarca en lo que se refiere a su originalidad. *Alone* expresa además, al tratarse de su estilo, y con ello está dicho todo, sobre este respecto: "La sabiduría del límite y el arte sutil de los detalles, he ahí las dos características centrales de su temperamento. Es rico y contenido".

"Nunca —agrega— va más allá ni se queda más acá, ignora igualmente la frase ampulosa y la frase raquítica. Ocupa el término medio en que los antiguos colocaban la perfección y de ahí la juventud serena y permanente de su prosa".

La prosa de Pezoa Véliz, en general, es opaca, difícil, "sin valor artístico", como la califica Armando Donoso. Montenegro, al referirse en el prólogo ya citado a los bosquejos en prosa, dice: "La verdad es que su fuerza de observación no se ha perdido, pero el estilo tiene un tono forzado, un empaque de campesino que sale de una tienda de ropa hecha".

Pero hay más todavía en esto del estilo que predomina en las dos obras que estamos comentando, y es el temperamento de ambos escritores para enfocar la pasión amorosa. En Labarca, ésta se insinúa delicadamente en el carácter de sus personajes, es "sugeri-

* Prólogo de *Mirando al Océano*, edición de Edit. del Pacífico, 1953, p. 9.

** *El Diario Ilustrado*, 11 de febrero de 1913.

da", más bien, según la expresión de Emilio Vaisse. En *Vida militar*, de Pezoa Véliz, y también en su producción poética, con más fuerza aún, la pasión del amor se expresa en cálidos tintes de sensualidad, casi brutales. Hay aquí, por ejemplo, rasgos de un exagerado erotismo. El conscripto de esta obra ya no es el melancólico y soñador de *Mirando al Océano*, que pretende apagar su "mal de amor", sino el soldado que en la agotadora marcha por el camino polvoriento, al paso de unas mujeres que adivina hermosas, hace reflexiones como ésta: "En la brutalidad de nuestra rabia llama la vida los instintos de la carne".

El ambiente geográfico. *Vida militar*, de Pezoa Véliz, está enmarcada en un espacio de tiempo y de lugar que se ha logrado precisar con toda exactitud. Es una experiencia vivida por el propio Pezoa Véliz en su vida de recluta, en 1898, como hemos dicho ya más atrás, y la marcha que describe se efectuó en realidad en los alrededores de Santiago*.

Por la lectura atenta de *Mirando al Océano*, cuya atmósfera, como hemos visto, está presidida por la visión del mar, pero que soslaya una ubicación geográfica exacta, se puede precisar, con fundamento, que el fuerte en donde transcurre la vida de los personajes de Labarca, está ubicado en la bahía de Concepción, latitud que no conoció Pezoa Véliz, pues éste no pasó más allá, por el sur, de la provincia de Colchagua.

Se puede lograr esta localización por pequeños detalles que saltan aquí y allá del contexto. En una parte, por ejemplo, un pescador se refiere a Lirquén como a un lugar cercano de donde habla (página 29); en otra se habla de una gran bahía surcada por barcos de gran calado, y en otra se menciona a un Apostadero, que es casi con toda seguridad, el de Talcahuano (páginas 27 y 108)**.

* Los detalles de la vida de cuartel de Pezoa Véliz se pueden comprobar documentalmente por un diario que llevaba el propio poeta, y que Undurraga cita fragmentariamente en su estudio. Además, según investigaciones del señor Raúl Silva Castro, quien nos ha proporcionado el dato, los periódicos de la época registran esta marcha, ya que en ese tiempo se daba mucha importancia a todo lo que tenía que ver con los movimientos de tropa.

** En el citado artículo crítico de Astorquiza, éste supone que la acción de la novela se desarro-

El testimonio de dos escritores

Hay, además, dos testimonios preciosos correspondientes a escritores que vivieron en fraternal camaradería con el autor de *Mirando al Océano*, que demuestran, asimismo, que el autor de la novela señalada no es otro que Guillermo Labarca. Estos testimonios sinceros e imparciales pertenecen a Rafael Maluenda y a Víctor Domingo Silva.

La deposición de Maluenda es la siguiente: "Íntima camaradería literaria me unió a Labarca Hubertson como a todos los escritores de 1900 a 1920. Nos comunicábamos nuestros proyectos y nuestros trabajos, porque en esa época nos hacían fraternizar las ideas, hasta que llegó otra en que nos apartaron las ideologías. Muchos de los cuentos de Labarca Hubertson puedo decir que se los ví concebir y componer. El y Federico Gana fueron auténticos abridores de derroteros literarios, buscando inspiración en el suelo nativo.

"*Mirando al Océano* no fué su última producción, pudo eso sí ser lo último que entregó a la imprenta*. Porque, antes de to-

lla en Talcahuano, sin especificar si se refiere al puerto mismo o a la bahía. Mariano Latorre, por el contrario, en *La Literatura de Chile*, Buenos Aires, 1941, p. 108, expresa equivocadamente que el escenario de esta novela es la isla Quiriquina, situada al frente del puerto de Talcahuano. Últimamente, el escritor Milton Rossel, que fué amigo de Labarca, nos ha comunicado que por los propios labios de éste supo que las escenas pintadas en la novela se desarrollan en el fuerte de Punta Parra, situado, asimismo, en la antedicha bahía, entre Penco y Tomé.

Seguramente esta novela está basada en experiencias directas del propio autor en una época de estada en dicho cuartel, años después de hacer su servicio militar, cuando habría sido llamado de nuevo a filas, en un período de emergencia internacional. En la obra de Undurraga sobre Pezoa Véliz, p. 82, se transcribe una carta de Labarca de enero de 1901, que ya mencionamos, y que lleva un decidor timbre del Estado Mayor General del Ejército de Chile, 2ª Sección, Instrucción. Labarca parece que cumplió su servicio militar más o menos en la misma época que lo hizo Pezoa Véliz, y también en un cuartel de Santiago. Así parece desprenderse de una colaboración de aquél, publicada en *Los Lunes de La Tarde* (27 de marzo de 1899), con el título *La última voz de mando*, pero que no tiene nada que ver con *Mirando al Océano*.

* El autor de este trabajo ha encontrado en diversas revistas de la época, especialmente *Zig-Zag*, con posterioridad a la publicación de *Mi-*

mar su forma definitiva de novela corta, lo había planeado como un cuento dentro de esa factura literaria de su particular modo de hacer. Pero como en el tema mismo de la obra el ambiente juega un papel de verdadero personaje y es un factor psicológico de la intriga, se le impuso al novelista, reclamando en el relato un mayor espacio. Labarca hizo su trabajo a la manera balzaciana: con sucesivas superposiciones para ahondar la pintura de caracteres, la sugestión de las actitudes y la influencia del medio, hasta darle forma definitiva con un volumen que emplazó su trabajo en el rango de verdadera novela corta**.

Por su parte Víctor Domingo Silva, refiriéndose a las páginas de Pezoa Véliz, que han servido como piedra de toque en este debate, expresa lo siguiente: "Desde hace algún tiempo viene hablándose con cierta insistencia en los corrillos literarios (o cosa parecida) de que la pequeña gran novela *Mirando al Océano*, que todo el mundo ha estimado como original de Guillermo Labarca, no pasaría de ser un plagio de una crónica de cuartel (excursión de conscriptos) dejada entre sus papeles por el malogrado poeta Carlos Pezoa Véliz. Tenemos antecedentes que nos permiten desmentir en forma categórica semejante especie, con la que es necesario terminar, como con todos los chismes envenenados. Amigos de intimidad del autor que se dice plagiado, tuvimos oportunidad de conocer y examinar los borradores de aquella pieza, hecha y rehecha hasta la fatiga, manoseada y corregida en Valparaíso y Viña del Mar (Pezoa tenía una redacción difícil y era muy descontentadizo) y publicada sólo mucho más tarde, en la conocida compilación de don Armando Donoso**.

rando al Océano, varios cuentos que llevan la firma de Labarca H.:

* *Mirando al Océano*, en *El Mercurio*, 10 de noviembre de 1945.

** *Algo acerca del plagio*, en *La Nación*, 16 de enero de 1953. Aprovechamos esta nota para señalar algunos artículos y declaraciones de prensa del último tiempo, aparte de los dos mencionados, bordados más bien con carácter polémico, en torno de esta cuestión: Carlos Préndez Saldías, sostenedor de la tesis contraria a este trabajo, en *El Diario Ilustrado*, 8-XI-1945 y 17-X-1948, en revista *Ercilla*, 14-XI-1950 y en *La hora*, 9-III-1951; Ricardo A. Latcham, en *La Nación*, 21-XI-1950; R. Silva Castro, en *La hora*, 10-III-1951, etc.

Un documento clave, decisivo

Llegamos, finalmente, a una prueba más, de valor excepcional, para comprobar y dejar claramente establecido, en forma irrefragable, que el verdadero y único autor de *Mirando al Océano* es Guillermo Labarca Hubertson, y no Pezoa Véliz ni ningún otro.

Es un documento probatorio que bibliográficamente viene a ser lo mismo que la "cosa juzgada" en derecho procesal. Con la exhumación de que lo hacemos objeto, por primera vez en la historia de este pretendido plagio, se desea hacer luz definitiva en un largo cuanto enojoso pleito literario.

En nuestras pesquisas bibliográficas efectuadas en revistas y periódicos de otro tiempo, hemos encontrado algunos documentos de interés para las letras chilenas, documentos que podríamos llamar de carácter arqueológico o paleontológico, y que sirven, en el caso del estudio de los escritores que advienen hacia 1900, para hacer útiles comprobaciones sobre el proceso creador, el estilo y los temas, ya que muchos de estos textos literarios son como la matriz primigenia de obras de más alta envergadura con que los autores han conquistado después la fama.

Tal es lo que nos ha sucedido, por ejemplo, con el escritor Guillermo Labarca H., de quien hemos rastreado su huella en innumerables publicaciones de fines del siglo pasado y comienzos del presente, para estudiar los antecedentes de la obra novelesca que nos preocupa y, por lo tanto, del problema de la paternidad de ésta.

Por eso, cuando nuestra vista dió con un texto de Guillermo Labarca que no conocíamos, nos llamó poderosamente la atención y creímos, desde el primer momento, que estábamos en la pista del problema que perseguíamos ahincadamente por bastante tiempo. Se trata de un breve relato titulado *En el fuerte*, que lleva estampada al pie la firma G. Labarca Hubertson, y que se encuentra en la revista *Zig-Zag*, número 148, de 22 de diciembre de 1907.

De la simple comparación del texto de este relato con las páginas de *Mirando al Océano*, se viene a concluir claramente que dicho relato es no sólo el embrión de lo que después tomaría la forma más desarrollada del relato novelesco, sino que, además, forma parte, con muy pocas variantes, de los primeros capítulos de la novela; para ser más

exacto, el cuento *En el fuerte* está incorporado en los capítulos primero, segundo y quinto de esta última.

Del cotejo de ambos textos transcritos más adelante, se puede ver la tarea de limadura y de perfeccionamiento que abordó su autor. Entre algunas variantes, ya que salta a la vista de todo lector cuáles son ellas, se puede hacer notar, por ejemplo, que el nombre del conscripto en el relato primitivo es Juan Pavez, y en la novela se llama José Fernández.

Además, los personajes principales que aparecerán después en la novela y las actitudes que tomarán en la figuración imaginativa del autor de *Mirando al Océano*, están ya esbozados claramente en el cuento de *Zig-Zag*; de lo que se desprende que éste no es un aditamento postizo que se puso de relleno en la novela.

Aquí se puede hacer notar de nuevo la aseveración de Rafael Maluenda, quien estaba en lo cierto al afirmar, aunque en forma vaga y sin precisar, si el cuento que Labarca había planeado antes de tomar su forma definitiva fué publicado, y en dónde.

Pero no está dicho todo. Antes de concluir, para dar más fuerza a nuestra argumentación, recurrimos a una cuestión de orden cronológico que es de mucha importancia en este caso. Si vemos la fecha de *Zig-Zag*, que como hemos dicho es de 22 de diciembre de 1907, esto nos está diciendo que el cuento fué publicado, y por lo tanto escrito, con mucha anterioridad al fallecimiento de Pezoa Véliz, el cual ocurrió el 21 de abril de 1908, es decir, hay un lapso de cuatro meses, más o menos, entre las dos fechas.

Entonces no se puede decir que Guillermo Labarca esperó la muerte de su infortunado amigo para publicar después de ella —y pasado un tiempo prudencial— la novela *Mirando al Océano*, con firma que hasta ahora lleva legítimamente, por cuanto si en el caso de que el relato *En el fuerte* hubiera formado parte de los originales pertenecientes a Pezoa Véliz, éste no habría tardado en saberlo, aun estando gravemente enfermo y hospitalizado, pues el poeta mantuvo hasta el último una extraordinaria lucidez y permaneció, como hemos visto, en contacto con los escritores que lo visitaban en esos postreros

días y que habrían podido descubrir, también, la usurpación literaria *.

Un dato cronológico más, que es muy importante asimismo retener, es el que proporciona otro amigo de Pezoa Véliz, el novelista Fernando Santiván, quien en recuerdos sobre los últimos días del autor de *Pancho y Tomás* en el Hospital de San Vicente, relativos a la fecha en que los papeles de éste pasaron a poder de Guillermo Labarca, ha expresado que durante la permanencia del poeta en el hospital, él tuvo ocasión de visitarlo casi diariamente, y que una tarde, quince días antes de la muerte, Pezoa Véliz le manifestó el deseo de dejar en sus manos los originales de sus versos y unos recuerdos de su vida en la Guardia Nacional, para que se publicaran; pero con el objeto de no intranquilizar al poeta —recuerda Santiván— le manifestó que esto se podría hacer en otra ocasión. Mas, al volver dos días después al hospital, es decir, trece días antes de la muerte de Pezoa Véliz, los originales habían sido entregados a Labarca, pues creyó que Santiván ya no volvería a visitarlo **.

Con lo dicho a través de este trabajo creemos que basta para poner punto final a este pretendido plagio y para rechazar definitivamente, de una vez por todas, las dudas que pudieran asaltar al lector escrupuloso. Antes de terminar hacemos nuestras las palabras del distinguido cervantista, Francisco A. de Icaza, quien, en un problema de mu-

* Entre los amigos de Pezoa Véliz se cuenta uno de la mayor intimidad, Ignacio Herrera Sotomayor, que guardó, junto con el recuerdo fiel de su amigo, un importante archivo del poeta, y que nunca, ni a la aparición de *Mirando al Océano* ni después, se atrevió a dudar de la filiación literaria como obra legítima de Labarca si hubiera tenido fundamento en contrario, lo que podría haber hecho por cuanto Herrera Sotomayor era gran conocedor de lo que había escrito y dejado inédito Pezoa Véliz.

Un dato más, de que Pezoa no estuvo inactivo intelectualmente en sus últimos días, lo demuestra la aparición de algunos poemas en la citada revista *Zig-Zag*. Además, en la misma cama del hospital de San Vicente compuso algunas poesías, como la dedicada a María Lillo, hija de don Samuel, y que en el autógrafo lleva la fecha de 1º de enero de 1908.

** Estos recuerdos de Santiván se encuentran en entrevista al escritor Carlos Préndez Saldías, de revista *Ercilla*, 14 de noviembre de 1950.

cho mayor bulto y bastante alejado de la realidad literaria chilena, escribió las palabras siguientes, aplicables en cierta manera a estas disquisiciones: "Estas páginas son de investigación y de crítica, no son de polémica".

ca: descubren, señalan y comentan hechos, y no discuten la opinión ajena, sino combaten el error tradicional que lanzó la impericia, impuso la sugestión, y la rutina o la común indiferencia vendrían a perpetuar".

A p é n d i c e

EN EL FUERTE

El cachucho del remolcador me condujo hasta la escalera del muelle donde desembarqué. No había nadie allí y eché a andar hacia la casita blanca de la playa. Al llegar encontré un soldado y quise noticiarme.

—¿Por dónde se va al fuerte?

—¿Te mandan aquí, conscripto? —me preguntó el otro, mirándome de arriba a abajo.

—Sí, vengo destacado.

No pareció darle mayor importancia. Siguió laboreando el mango de un bastón con un gran cuchillo y sin levantarse me indicó el sendero con el brazo en alto.

—Por allá... arriba de aquella puntilla, ahí está el fuerte.

Eché a andar hacia arriba con el rifle al hombro, y la mochila a la espalda. Traía mi equipo completo, sólo me faltaban algunas cosas que tuve que dejar allá porque no se admitían en el vapor; pero yo sabía bien que en el fondo de la mochila... sí, allí estaba.

El ascenso era largo y un tanto fatigoso. Por el camino las ramas de los boldos me azotaban la cara y desde lejos llegaron de repente las risas de unos niños que jugaban quién sabe dónde. Por último, sin sospecharlo, desemboqué en una explanada ancha, al lado del mismo fuerte. Más allá había edificios. En la explanada un oficial corría en bicicleta. Se le había caído la gorra y el pelo le volaba hacia atrás. Parecía muy contento y se reía. Al verme se puso serio y se detuvo.

—¿Quién eres?

—Juan Pavez, mi capitán. Aquí está mi destinación.

—Bueno. Anda a verte con el primero Canales... allá.

Cuando ya me iba, me detuvo.

—Espérate... deja el rifle y sosténme la bicicleta para subir otra vez.

Caminé de nuevo para ir donde el 1º.

MIRANDO AL OCEANO

I

—¡Adiós! —contestaron con indiferencia los remeros, y mientras yo ascendía con agilidad la escala del muelle, el patrón dió la orden de volver al remolcador.

—¡Boga! ¡Avante!

Quedé solo. Un momento contemplé el bote que se alejaba y luego me volví, girando la vista en derredor. Una casita blanca se erguía solitaria junto a la playa, pero no se veía alma viviente por ninguna parte. Tras un instante de vacilación, me dirigí a ella.

Junto al umbral había un soldado y quise noticiarme.

—¿Por dónde se va al fuerte?

—¿Te mandan aquí, conscripto? —me preguntó mirándome de arriba abajo.

—Sí, vengo destacado.

No pareció darle mayor importancia. Siguió trenzando concienzudamente las mallas de una red y después de una pausa me indicó el sendero con el brazo en alto.

—Por allá... arriba de aquella puntilla, ahí está el fuerte.

Eché a andar con el rifle al hombro y la mochila a la espalda. Traía todo mi equipo; sólo me faltaban algunos objetos que tuve que dejar en el cuartel central, porque no se admitían en el vapor de ronda. Poca cosa, sin embargo. Lo más importante para mí, las primeras santas reliquias que la vida dejara entre mis manos, las traía bien ocultas en el fondo de mi equipaje: un retrato, unas flores secas, un guante... Porque entonces yo estaba enfermo de mal de amores y buscaba convalecer en mi nueva existencia de recluta.

(Sólo después he aprendido que el mal reincide, como las tercianas, aunque nadie se muere de él).

El ascenso era largo y fatigoso. Por el camino, las ramas de los boldos me azotaban

—Presente, mi primero. Juan Pavez, de la 5ª compañía. Me mandan aquí.

—¿Dónde está la orden? ¿el armamento? ¿el equipo? —iba anotando en un libro y me hablaba con tono brusco y áspero. Yo sabía que eso significaba energía militar y no me extrañó.

—Bueno. Hoy se acabó la tarea. Anda al rancho. Mañana a las 5 empieza la instrucción.

Dí media vuelta.

—Espera. ¿Siempre está de ayudante mi teniente Faundes?

—Siempre.

—Maldito! ... Bueno, anda.

Después del rancho no había nada que hacer. Conversé un poco con los demás soldados. Entre ellos encontré a Romero, un antiguo conocido de la 5ª, cuya mujer servía de cocinera al jefe. Esto trajo la conversación sobre los oficiales y entonces los niños me contaron que mi capitán era una fiera. Después se fueron a acostar y yo salí afuera, a la explanada.

No había luces y estaba muy oscuro. Soplaban un viento fuerte y excepto su monótono zumbir no se sentía nada en aquel peladero de la puntilla. Estuve un rato fumando, sentado en una piedra y pensando...

Por último entré también en la cuadra. La pieza era abovedada y muy chica; las camas estaban situadas una encima de otras, como en los camarotes de los buques. No pude dormir hasta muy tarde. Con los ojos abiertos miraba la oscuridad. Allí dentro estaba muy caliente y había mal olor.

Al otro día temprano comencé el ejercicio, primero gimnasia y después infantería: a la derecha; a la izquierda; paso de parada! ... Luego fuimos al fuerte, a los cañones de 28, enormes y complicados.

Me tocó formar detrás del cañón, mirando al mar. Mi teniente leía un libro y los compañeros iban repitiendo por turno. Yo no escuchaba; el mar me absorbía por entero la atención. Desde mi sitio se columbraba hasta muy lejos y distinguía lo más bien el reguero de las corrientes y las manchas más oscuras de los bajos fondos. Al ras del agua corría una leve brisa que rizaba la mar y servía para hinchar la vela blanca de un bote distante...

—El número 7 está con la boca abierta, animal!

Yo era el número 7. Entonces atendí hasta

la cara. Sobre mi cabeza pasó volando la entonación de un cantar:

*Al ver en la inmensa llanura del mar,
las aves marinas con rumbo hacia acá...*

Escuché atento: ¿quién traería hasta aquí los ecos de la vida ciudadana? ... Por último, sin sospecharlo, desemboqué en una explanada ancha, al lado del mismo fuerte. Al término de ella había algunos edificios blancos y bajos.

En el espacio despejado, un oficial corría en bicicleta. Se le había caído la gorra, y el pelo flotaba hacia atrás. Reía, al parecer, muy contento. Al verme, se detuvo para inquirir con tono autoritario:

—¿Quién eres?

—José Fernández, mi capitán. Aquí está mi destinación.

—Bueno. Anda a verte con el 1º Canales... allá.

Cuando ya iba, me requirió:

—Espérate. Deja el rifle en el suelo y sostenme este aparato para subir otra vez.

Caminé de nuevo en dirección a los edificios y alguien me guió.

Presente, mi 1º: José Fernández, de la 5ª compañía. Me mandan aquí.

—¿Dónde está la orden, el armamento, el equipo?

Iba anotando en un libro y me hablaba con voz brusca y áspera. Me habían enseñado ya que eso significaba energía militar, y no me extrañó.

—Bueno. Hoy ha concluido la tarea. Anda al rancho. Mañana comenzarás la instrucción... La diana se toca a las cinco.

Dí media vuelta.

—Aguarda. ¿Siempre está de ayudante mi teniente Sandoval?

—Siempre.

—¡Maldito! ... Está bien; retírate.

Después del rancho no había nada que hacer. Conversé un poco con los demás soldados. Entre ellos estaba Romero, un antiguo conocido de la 5ª, cuya mujer servía de cocinera al jefe. Esto trajo la plática sobre los oficiales. Mi teniente, así, así; pero mi capitán, ... un demonio.

Luego, fueron a acostarse. Sin embargo, yo me quedé en la explanada, sorprendido aún por la novedad de todo aquello. No había luces y estaba muy oscuro; soplaban un viento fuerte, y excepto el zumbir agudo de

el fin, en tanto que el botecito casi iba llegando al otro lado.

Más tarde tocaba una clase de teoría con mi capitán, de 10½ a 11½.

Llegó con los ojos capotudos de sueño aún. Los soldados que llevaba al pueblo para que le trajesen la bicicleta, decían que iba al club y jugaba hasta el amanecer.

Eché una mirada hosca a todos. Al ver una cara nueva me dijo con una voz gruesa y carvenosa.

—¿Cómo te llamas tú?

—Juan Pavez, mi capitán.

—Bueno, siéntate.

Empezó la clase. De pronto se dirigió a uno.

—A ver, que diga Castillo.

Se cuadró Castillo, y mientras pestañeaba mirando al frente con una obstinación como si el recitado estuviera escrito en las planchas de zinc, empezó a decir rápidamente una relación. De repente se equivocó, se atascó, se puso colorado y todo se lo llevó el diablo. Ya no pudo seguir.

Entonces miré a mi capitán. Estaba rojo, con el busto echado adelante, los ojos salientes, los puños apretados.

—Pero imbécil, ¿qué no has de aprender nunca, pedazo de estúpido?... Y uno se ha de romper la cabeza para enseñar a estos asnos!... De plantón después de almuerzo una hora, dos horas, tres horas... —aumentaba, exasperándose con el sonido de su propia voz.

El otro se había puesto pálido y como no le dijo que se sentara, se quedó de pie hasta el fin.

Al rató vino un cabo a avisar:

—Es la hora, mi capitán.

Nos pusimos de pie y formamos. Mi capitán ordenó: retirarse, pero casi al mismo tiempo se oyó la voz de ¡firmes! para deshacer el movimiento.

Mi capitán se abalanzó a un soldado, otra vez furioso.

—¡Salvaje! ¡la media vuelta se da por la izquierda! ¡pedazo de bestia, bruto!...

Y seguía vomitando insultos encima del soldado, con la boca abierta a más no poder y empujándose para estar más cerca de su cara. El conscripto Lara era un gigante y mi capitán chiquito, moreno, nervioso, con un bigotito minúsculo.

De repente pensé: ¿que le irá a pegar? Pero al punto se me ocurrió: no puede

los alambres telefónicos, no se oía nada más en aquel peladero de la puntilla.

Estuve un rato sentado en una piedra, entretenido con mi cigarro y pensando en mi mal, que era mi encanto.

A lo lejos rasgaba la negrura de la noche el luminoso parpadear de un faro.

Al fin me recogí también.

La cuadra era abovedada y muy chica; las camas estaban unas sobre otras, como en los camarotes de los buques. Permanecí hasta muy tarde con los ojos abiertos, mirando la obscuridad y sin poder dormir. Allí dentro el aire estaba caliente y había mal olor.

II

Al amanecer nos despertó la diana. Desperzábanse los soldados, y a regañadientes iban calzándose las prendas de vestir, blasfemando cuando alguna se extraviaba en la acentuada penumbra de la caseta.

A los pocos minutos aparecieron los cabos a la puerta, gritando con energía:

—¡A formar! ¡A formar de una vez!

El cielo azul y uniforme tenía la transparencia helada del alba. La línea sinuosa de las costas lejanas apenas se adivinaba en la vaguedad de la bruma. Hacía frío.

Primero tuvimos gimnasia bajo la vigilancia de mi teniente Rubilar. A continuación fuimos al fuerte, donde estaban los cañones de 28, muy grandes y complicados.

Me tocó formar detrás de la pieza, mirando al océano. El oficial leía en un libro las obligaciones de los sirvientes del cañón y los compañeros iban repitiendo por turno.

Yo no escuchaba: el mar me sorbía la vista. Desde mi sitio se columbraba hasta muy lejos, y distinguía bien el reguero de las corrientes y las manchas oscuras de los bajos fondos. Al ras del agua una leve brisa rizaba la superficie, inflando al mismo tiempo la vela blanca de un bote distante.

—¡El número 7 está con la boca abierta! ¡Animal!

Yo era el número 7. Entonces atendí hasta el fin; pero a ratos se me iban los ojos tras el botecito que avanzaba lentamente, muy próximo ya a la costa del otro lado.

La instrucción, muy larga, fué seguida por un descanso de un cuarto de hora. Los reclutas reposaban sentados en cualquier parte, fijando los ojos inexpresivos en el incansable oleaje o en las quebradas que hendían

ser... se estará haciendo el enojado, ¿cómo le va a pegar por eso al otro, que es tan grande?

El grande permanecía inmóvil, cuadrado, la vista al frente. Me fijé que le tiritaban los mostachos.

Mi capitán se acercó más todavía, bien cerca, casi tocándolo, y de repente levantó la mano y se la plantó en la cara con todas sus fuerzas. Se sintió como un chapoteo del puño en la carne. El gigante se balanceó apenas y volvió a quedar inmóvil, cuadrado, la vista al frente; sólo que le lagrimeaba un ojo y empezó a ponerse morado; de la nariz le corría un hilito de sangre.

Con este desahogo mi capitán se quedó tranquilo y nos retiramos.

A la hora del rancho nadie habló del incidente; Lara no dijo una palabra tampoco. El ojo se le había puesto bien oscuro.

Después del almuerzo lo distinguí por casualidad detrás de un estanque; creo que estaba llorando.

Por el otro lado, en la explanada, permanecía Castillo con otros cinco más, sin moverse, parados al sol de las 12 que quemaba muchísimo. Alrededor de los pies les habían hecho una raya en el suelo, para pillarlos si se movían.

Al rato continuó la instrucción. Volvimos a tener clase con mi capitán. Parecía que estuviese enfermo de rabia; por cualquier cosa se ponía furioso, se desesperaba, gritando a toda pulmón, con su voz ronca como el serpentón de la banda. A uno que no supo qué cosa era un talud, ordenó que le diesen un purgante de calomelano.

Sólo a las 6 llegó el descanso. En el día había conversado con Romero y me convidó a comer en la cocina, rancho de oficial. Fuí y por una ventana veía el comedor. Estaban sentados mi capitán al frente, a un lado mi teniente y al otro la esposa de mi capitán y su hijita. La señora era rubia, con el pelo como el oro, los ojos del transparente color azul que tiene el mar por la mañana, tan linda como una virgen. Y la niña era muy parecida a ella.

—¿Cómo las querrá, no?

—¿A quién? —me preguntó muy extrañada, con un tono raro, la Micaela.

—A su señora, pues, y a la niña.

No dijo nada; sólo movió la cabeza balanceándola de arriba abajo.

Al mismo tiempo casi, retumbó la voz

aquí y allá los flancos de los cerros. No había ánimos ni para hablar.

Correspondía después, de diez y media a once y media, una clase teórica con mi capitán, en el galpón de zinc.

Llegó con los ojos capotudos de sueño aún y el recio mostacho planchado por la bigotera. Los soldados que llevaba al pueblo por las noches para que trajesen la bicicleta, decían que en el club jugaba hasta el amanecer.

Eché una mirada hosca a todos. Viendo una cara nueva y sin recordar mi nombre, me pregunté con voz gruesa y cavernosa:

—¿Cómo te llamas tú?

—José Fernández, mi capitán.

—Siéntate.

Empezó la clase con algunas preguntas. De pronto, se dirigió a uno.

—A ver, que diga Castillo.

Se cuadró Castillo. Sus ojos pestañeaban con inaudita rapidez. Mirando al frente como si la respuesta estuviese escrita en el muro, empezó una relación a todo escape. De pronto se equivocó, se atascó, se puso colorado y todo se lo llevó el diablo. Ya no pudo seguir.

Miré a mi capitán. Estaba cárdeno, los ojos salientes y los puños apretados.

—¡Que se quebre uno la cabeza para enseñar a estos brutos!... ¿No vas a aprender nunca, babieca?... ¡Dos horas de plantón!

El otro se había puesto pálido y como no le hizo sentar, quedó de pie hasta el término de la clase que concluyó entre blasfemias e imprecaciones.

Al mediodía distinguí en la explanada a Castillo con otros cinco más, erguidos, inmóviles bajo el requemante sol meridiano. Alrededor de los pies les habían trazado una raya en el suelo para comprobar si se movían.

V

El rancho es muy malo.

Unos soldados mugrientos, inmundos, aderezan en un gran fondo un condimento extraño: es un líquido amarillento cubierto de una costra de grasa que al cortarla con un cucharón deja ver unos interiores de color plomizo en que se confunden papas, pedazos de carne y una porción de cosas que flotan un rato como naufragos desvalidos,

ronca de mi capitán que nosotros alcanzábamos a oír con toda claridad.

—Pero, Amelia, usted es una estúpida!... en adelante tendré que preocuparme yo también de la cocina.

La señora tuvo una sonrisa muy triste, mientras miraba al teniente como diciéndole que disculpara; después dió vuelta la cabeza hacia nuestro lado y el pedacito de mar tenía brumas y le corrían dos lágrimas por la cara.

La comida acabó en silencio.

Después me fui hacia una lomita cerca y me senté. Hacía mucho rato que había entrado el sol y ya era casi de noche. El mar aparecía bien oscuro. Entre los boldos soplabá apenas una pizca de viento. Cerraba la noche por instantes y allá al frente empezó a parpadear el faro.

concluyendo por irse a pique apenas se calma la momentánea borrasca. Hay todavía mazamorra de porotos, espesa y negruzca.

Al principio me producía náuseas; pero aquí no hemos venido a hacer dengues, como dice mi 1º Canales, sino a ser soldados.

Por eso, cuando Romero me invitó a comer con su mujer, acepté.

Micaela es una mujer gruesa, rechoncha, de color de cobre, con marcado tipo araucano y muy habladora.

Nos instalamos en la cocina de la casa de oficiales. Tras de un ventanal, opaco por la falta de limpieza, se distingue el comedor.

A la cabecera de la mesa preside mi capitán; a un lado se ven las espaldas anchas de mi teniente, y, al otro, la señora Amelia y su hijita.

La señora es rubia, con el pelo como el oro, los ojos del mismo color azul que tiene el mar por la mañana; tan linda, tan linda como una virgen. María Antonieta es muy parecida a su madre.

—¿Cómo las querrá, no?

—¿A quién? —pregunta Micaela muy extrañada.

—A la señora, pues, y a la niñita.

—¡Hum!

Con los labios apretados hace un mohín de ironía, mientras balancea la cabeza de arriba abajo.

Después de una pausa me entera de las interioridades.

A veces la mar tranquila hace olas en el fondo. El capitán era un basilisco; la reñía a cada instante y algunas veces hasta le pegó... Las más de las noches se largaba al pueblo sin regresar hasta el día siguiente, y no sé qué cosas corrían de unos líos...

—Cállate, mujer —interrumpe Romero—; todas ustedes son unas ardilosas.

Como para corroborar el aserto de la hembra, retumba de pronto la voz estentórea de mi capitán.

—Pero, Amelia, ¡usted es una estúpida! En adelante tendré que preocuparme yo también de la cocina.

Asustada por los gritos, Marieta rompe a llorar.

Por un instante se le contrae el rostro a la señora Amelia; pero pronto vuelve a aparecer su gesto de humilde resignación. Gira la cabeza hacia nuestro lado y el pedacito de mar tiene brumas y le ruedan lágrimas por la cara. Coge a su hijita en brazos y trata

de calmarla con besos y halagos silenciosos.

La comida termina en medio de un mutismo pesado y hostil, y a mí no me quedan ganas de volver a aceptar las invitaciones de Romero.

Me marcho, mientras acuden a mi mente recuerdos de otra época: "A mí una pobre-cilla mesa de amable paz bien abastada me basta..." *.

* El texto del cuento *En el fuerte* se ha transcrito en forma completa. Los puntos suspensivos en la columna de la novela indican que se ha suprimido parte del capítulo II y totalmente los capítulos III y IV, porción que es enteramente nueva. Para este último texto se ha seguido la edición hecha por la Editorial del Pacífico, 1953.